



AÑO II

← BARCELONA 22 DE OCTUBRE DE 1883 →

NÚM. 95

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RONDA MAYOR, cuadro por F. Masó

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—DESPUES DE MUERTO (*Conclusion*), por don Vicente Colorado.—LOS OJOS DE CERA, cuadro por L. Langenmantel.—¡QUIÉN VAL!... dibujo por A. Fabrés.—EL PASTOR EN ACECHO.—Lámina suelta: LOS POSTRES, cuadro por Augusto Kaulbach.

GRABADOS.—RONDA MAYOR, cuadro por F. Masó.—EL SALON, cuadro por Luis Leloir.—SAVONAROLA PREDICANDO EN FLORENCIA CONTRA EL LUJO, cuadro por L. Langenmantel.—¡QUIÉN VAL!... dibujo por A. Fabrés.—EL PASTOR EN ACECHO.—Lámina suelta: LOS POSTRES, cuadro por Augusto Kaulbach.

REVISTA DE MADRID

Lluvia de oro.—Voz de fasete.—El rastro del delito.—Un presidiario suelto.—Los pretendientes de Madrid.—Caligrafía del Congreso.—Los frutos de Higuera.—Pension para diez alumnos de canto.—¡El león!... ¡el león!—Ron... de Jamaica.

Los transeuntes de la calle de Alcalá volvieron días atrás súbitamente la cabeza al escuchar un tentador sonido metálico que se produjo en el empedrado.

No era vana ilusión de los sentidos; era sí, aparentemente, una verdadera lluvia de oro, como si Dios hubiese querido premiar las acciones buenas de los hombres pagándoles un anticipo de gloria con monedas de cinco duros; ó como si algun banquero de esos tan encopetados que se andan por las nubes, hubiese volcado una de sus arcas repletas del codiciado metal, con objeto de hacerse admirar de los miserables peatones de la tierra.

Los transeuntes quedaron por el momento asombrados. El corazón de Newton viendo caer la histórica manzana no palpó con tan ansiosa alegría como el corazón de algunas personas que se hallaban inmediatas al sitio de la lluvia de oro.

Las monedas se desparramaron por el suelo describiendo giros fantásticos y arrojando en derredor de sí fulgores deslumbrantes. Entonaron al caer una música melódica, cadenciosa, regocijante, despertando en el alma ideas de dicha, de grandeza y de bienestar.

Los testigos de dicha escena no sabían que la voz de aquellas monedas era voz de fasete.

En efecto, estaban falsificadas. Así lo dijeron al público, que repuesto ya de su impresión primera trataba de arrojarle sobre aquel botín caído de los aires, algunos agentes de la autoridad que guardaban la puerta de la casa en frente de la cual se había verificado el fenómeno.

Los transeuntes comentaban el hecho, cada cual á su manera.

—¡Eso es algun mete...oro! decía uno.

—Yo creo que es una reproduccion de la escena mitológica de Júpiter y Dánae,—replicaba otro.

—No señor, es el cuerno de la abundancia, que se vierte sobre nosotros.

—¡Ay! no nombre V. esas cosas,—decía una mujer poniéndose en jarras.—Diga V. mejor... el jarrón de la abundancia.

—En esa casa debe de vivir algun potentado insigne, algun nabab poderoso...

—Un Creso...

—Un Nabucodonosor...

—Un mago que haya descubierto la piedra filosofal....

—No, señores,—dijo el agente de orden público.—Segun todos los indicios es un falsificador que arroja el fruto de su crimen á la calle.

* *

Arrojar la cara importa,
que el espejo nc hay porqué,

dijo el poeta.

La mujer del falsificador viéndose de repente sorprendida había tirado á la calle desde el cuarto piso, un cajón lleno de monedas falsas.

Pero el marido quedaba allí frente á frente de un alférez de la Guardia civil, con un estoque en la mano, y lanzando al que iba á prenderle furiosas y violentas acometidas.

El alférez se defendió briosamente con un revolver. Hizo retroceder al criminal, hasta que subieron á la casa otros agentes.

Esto ocurría en tanto que la multitud agrupada en la calle hacia comentarios acerca del cajón y las monedas que habían caído de lo alto.

Poco despues salieron custodiados un hombre y dos mujeres.

—¡Ese debe ser el monedero falso!

—Claro que lo es...

—¿Y esas mujeres?

—Pues... la una será su esposa, y la otra su madre política....

—¡Hombre! la política siempre, danzando en los asuntos del día... ¡Cómo se conocé que estamos en tiempo de crisis!

* *

¡Despues se ha descubierto que el monedero falso es un prófugo del presidio de Alcalá que burlaba las pesquisas y la accion de la justicia desde el año 1864!

El general Odonell hizo esta observacion paradójica: —España es un presidio suelto.

La frase del eminente político español no era otra cosa que una frase de efecto.

Pero si toda España no es presidio, hay que reconocer al ménos que andan libres por esta península que afecta

en todos los mapas la forma de una piel de becerro (y esta es sin duda la explicacion de que una gran parte de los españoles sea tan aficionada á los toros), no se puede negar, repito, que andan por ahí sueltos muchos presidiarios.

Yo me horripilo al pensar que puedo haberme codeado alguna vez con el susodicho monedero falso fugado de presidio. ¡Quizá estuve sentado junto á él en el teatro!... ¡Tal vez me ha pedido lumbre del cigarro en la calle!... Y ¡quién sabe si en el tranvía ó en el café he trabado conversacion con él y he dicho despues para mis adentros:

—¡Qué buen hombre debe de ser ese! Lleva la virtud y la honradez pintada en su fisonomía!

En el interrogatorio podrán decir al monedero falso: —Usted se escapó de Alcalá.

—Sí señor, es cierto; pero ya estaba en vías de reintegracion á mi destino.

—¿Cómo es eso?

—Sí; Alcalá me atraía. No había tenido fuerzas suficientes para volver al presidio. Pero estaba haciendo méritos. Vea V... ¡vivía en la calle del mismo nombre!

* *

La necesidad de las crisis políticas la demuestran algunos haciendo notar la gran multitud de personas que hay en Madrid sin oficio ni beneficio de ninguna especie.

Veis por ahí gran número de individuos, perfilados, elegantes, vestidos con arreglo al último figurin....

Preguntadles: —¿En qué se ocupa V.?

—Por ahora, en nada,—os contestarán.—Estoy esperando á ver si sale algo... Si cayese el ministerio, quizá me colocaría.

El genio emprendedor, industrial y laborioso característico de otras partes no tiene aplicacion entre nosotros.

Hay mucha gente que no sabe en qué emplear sus conocimientos. La política es el señuelo de multitud de pretendientes.

Así, cuando os encuentra en la calle algun individuo de esos y os pregunta:

—¿Qué hay de cosas? ¿Cae fulano?... ¿Sube mengano?

No creais que teneis ante la vista un hombre que suspira por el buen régimen de las instituciones, ni por la mayor ó menor suma de libertades... No; teneis á un futuro diente de la rueda administrativa. En su pensamiento no hay más que vacantes y plazas por cubrir.... Un sillón y una mesa en tal ó cual ministerio, una nómina, un *primero de mes*, un *abono* de años de servicio, más fecundo que el guano del Perú y los abonos minerales de todas especies.

La falta de ocupacion para tanto jóven de carrera, ha inspirado muchas veces provechosos artículos de periódico con este lema: «Más industriales y ménos doctores.»

Pero el mal parece que no se remedia.

Ahora mismo se han presentado 70 aspirantes para tres plazas de calígrafo vacantes en el Congreso.

¡Dichas plazas están dotadas con el sueldo de seis mil reales!

Los más hábiles pendolistas de Madrid han presentado sus instancias escritas con primorosos trazos de pluma y orladas con adornos caligráficos de gran valía.

¡Setenta para tres! ¡No hay más remedio; sesenta y siete habrán escrito sobre el papel sellado tan inútilmente como si hubiesen escrito sobre la movediza arena!

* *

Hé ahí un Higuera que habrá dado buenos frutos. Es un señor que se llamaba *Higuera* de apellido, y que al morir ha dispuesto que la renta de una importante finca suya se destine á costear la carrera de canto á diez jóvenes de ambos sexos faltos de recursos.

Parece que la pasion musical fué uno de los mayores atractivos del Sr. Higuera.

Indudablemente se dijo muchas veces en vida: —¡Qué gloria crear un Gayarre, dar desarrollo á un Masini! En el mundo hay poca gente que cante bien. Algunos cantan en la mano; otros cantan si los hostigan; hay poetas que hacen cantos... de pedernal en lugar de hacerlos líricos.... Y el canto flamenco se halla muy extendido.

Pero el *bel canto*, ¡oh! el *bel canto* lo poseen pocos.

¡Yo voy á instituir una decena musical que perpetúe mi nombre!

Es sumamente laudable la disposicion testamentaria del citado filarmónico.

¿Quién sabe?... ¡Tal vez alguno de los jóvenes sobre quienes recaiga su pension llevará con el tiempo el buen nombre de España en los principales escenarios del mundo!

Si esto sucede, ¡oh, *dilettanti* del porvenir! no arrojéis coronas de laurel á los aplaudidos artistas.

Les corresponderán coronas de Higuera.

* *

El otro día hubo gran agitacion en el Parque de Madrid. Corrió la voz entre la numerosa concurrencia de aquellos jardines, de que el león de la Casa de fieras se había salido de la jaula.

No era cierto. El anciano animal permanecía tranquilo y sosegado mientras la muchedumbre corría despavorida.

Sé de positivo que el león ha tratado de saber quién había esparcido la falsa alarma para demandarle de injuria y calumnia ante los tribunales.

Leo en un periódico: «Ha sido nombrado jefe del personal del ministerio de Ultramar el señor Ron.»

¡No puede darse un nombramiento más apropiado! El señor Ron, jefe en Ultramar....

¡Vamos; será ron de Jamaica!

PEDRO BOFILL

Madrid 19 octubre 1883

NUESTROS GRABADOS

RONDA MAYOR, cuadro por F. Masó

Los Aristarcos que tanto se ceban en la crítica de las actuales costumbres, que despues de todo no son dignas de la Tebaida, ¿qué hubieran dicho en aquellos tiempos, por ellos tan suspirados, en que cada calle era teatro de escenas parecidas á la que tan gráficamente ha dibujado el autor de este cuadro? Manolas descocadas, ó damas idem, que allá se confundían unas y otras, provocando con mucha gracia y escaso pudor á los transeuntes; un rapista haciendo la barba en plena calle á un caballero tan blanco de pelo como verde de intentos; unos estudiantes que conocen la guitarra mejor que el Digesto y que utilizan el latin para echar piropos subidos de color en la lengua de Ciceron; un fraile que en lugar de estar recogido como Dios manda, pasea sus alforjas repletas de aquellos comestibles que ha ido mendigando perezosamente á zafias verduleras; personajes son de exhibicion frecuente á la luz del sol que iluminó los últimos años del pasado siglo y los primeros del actual; pero esto no impide que tipos de esta naturaleza, por no decir de esta calaña, desdigan del respeto que siempre debieran infundir y guardar, las mujeres, los hidalgos, los escolares y los religiosos.

EL SALON, cuadro por Luis Leloir

Háse dado en llamar *salon* á la exposicion de cuadros que periódicamente se celebra en alguna capital, y el autor de la lámina que reproducimos ha demostrado en ella que si en un *salon* se reunen por regla general cuadros de todos los géneros, su diestro lápiz sabe reproducirlos tan variados como el capricho los apetezca. Desde la pintura histórica representada por una escena que tiene mucha semejanza con otra del segundo acto de los *Hugonotes*, hasta un estudio de la raza felina; desde el paisaje hasta los tipos de época y de costumbres varias; en todo ha estado discreto el autor, cuyo talento se adapta á la variedad en los gustos.

Algunos distinguidos pintores han dado pruebas de lo vasto de su genio acumulando diversos asuntos en un solo cuadro y empleando principalmente el recurso de reproducir, bien el almacén de un ropavejero, bien la galería de un anticuario. Leloir ha prescindido de buscar la forma de exponer, y ha expuesto de una manera más sencilla, más rudimentaria, pero que tiende más directamente al fin que se ha propuesto.

SAVONAROLA

predicando en Florencia contra el lujo, cuadro por L. Langenmantel

En la segunda mitad del siglo xv, Florencia, gobernada por los Médicis, presentaba un brillante aspecto; pero debajo de aquel manto recamado de oro existía un cuerpo debilitado por toda clase de vicios. Jerónimo Savonarola, fraile dominico, de palabra tan ascética como sus costumbres, se propuso poner remedio á la depravacion general. Iniciador de la reforma religiosa, tronó contra el lujo, contra la enervadora política de los Médicis, contra el relajamiento de las comunidades religiosas, contra todo cuanto, á juicio del dominico, merecía el desprecio de los hombres y el anatema de Dios. Por un momento prevaleció su doctrina y consiguió tal popularidad, que fué el verdadero árbitro de Florencia. Pero sus enemigos eran sobradamente poderosos para no derribar á un humilde fraile, cuya única fuerza consistía en su arrebatadora elocuencia. Restablecidos los Médicis en el poder, perseguido por el Estado como trastornador y por la Iglesia como hereje, fué condenado á muerte y quemado vivo, junto con dos de sus más entusiastas discípulos, en la plaza pública de Florencia, aquella ciudad que poco ántes fué escena de sus triunfos.

¡QUIÉN VAL!... dibujo por A. Fabrés

Hay hombres que constantemente llevan la mano al ala del sombrero, como los hay que la llevan continuamente al puño de la espada.

Cuando decimos *hay*, quizás debiéramos decir *había*.

Por lo mismo que al presente no se usa espada, tampoco son muy usados los espadachines. Es una raza como la de los elefantes blancos; no se ha extinguido, pero le falta poco.

Fabrés no ha conocido á esos hombres, pero los adivina con singular intuicion y los dibuja con particular acierto.

Testigo de ello el grabado que hoy publicamos.

—¡Quién val!...—exclama ese fantasma del tiempo de Enrique III.

Y al extremo de un brazo muy largo se está viendo una tizona mucho más larga que el brazo. ¡Ay del hombre á cuyo pecho se dirija la punta de este acero!...

A cualquiera se le ocurre que un encuentro con semejante personaje había de terminar forzosamente con una de cuchilladas.

Entónces las fondas eran ménos comunes que en nuestros días.

EL PASTOR EN ACECHO

Cuando, en las frías noches de invierno, nos arrebujamos en las confortables mantas de lana, ó cuando combatimos el catarro con sendos vasos de leche caliente, ó cuando, sentados cabe una limpia mesa, damos buena cuenta de alguna chuleta aderezada con maestría culinaria, ¡cuán poco nos acordamos del triste pastor que, aterido de frío, rendido por la tos y medio muerto de hambre, lleva á apacentar esos ganados que tan generosamente atienden á nuestras necesidades!

Y sin embargo, ese pastor es un elemento de gran importancia en los resultados de la vida social. Supongamos que cualquiera de los sibaritas que se aprovechan de los productos de la ganadería en sus múltiples formas y empleos, debiera apacentar esos rebaños, guiándoles durante el verano á los montes elevados, conduciéndoles en el rigor del invierno á los abrigados valles... Lo más fácil sería que el rigor del clima, la desnudez de los campos y la astucia de los lobos, nos dejaran sin vellones, sin leche y sin chuletas.

Compadezcamos, pues, y admiremos á ese niño pastor que tan grandes servicios nos presta, y bendigamos á Dios que le dotó del sentimiento de la música para endulzar su soledad y consolarle del olvido del mundo.

LOS POSTRES, cuadro por Augusto Kaulbach

Dejaríamos de ser admiradores del arte si no rindiésemos culto á los ilustres nombres de Velazquez, de Rafael, de Murillo, Ticiano, Wan-Dyk, Vinci, y otros genios, cuyas portentosas obras son privilegiado ornamento y riqueza de museos y galerías. Pero cuando por suerte nos hallamos delante de un Fortuny, de un Delacroix, de un Pradilla, de un Overbeck, de un Kaulbach, plácenos sostener que nuestro siglo XIX no debe estar tan materializado como se le supone, cuando produce obras tan sentidas y tan bellas cual han ostentado las exposiciones contemporáneas de las Bellas Artes.

Hermoso ejemplar del arte moderno es el cuadro que hoy reproducimos. Examínese como se quiera y dígame si cabe mayor maestría y mayor sencillez á un tiempo; si es posible cautivar la atención por medios más naturales y si al pie de esa pintura, que pudiéramos calificar de tan ingenua, desdenaría poner su firma el más venerado de los profesores habidos.

DESPUES DE MUERTO

(Conclusion)

V

Cuando doña Carmen entró á preguntarle si había descansado:

—Sí, querida; he descansado perfectamente, dijo sonriendo por primera vez en su vida, quiero decir en su muerte. ¿Y Pilar? ¿está ya buena?

—Sigue mejor.

—Vamos á verla.

—Pero, Pablo, ¿no sabes que?.....

—No importa; vamos á verla.

—Espera un momento, espera.....

—Para qué.....

—Si no te incomodases.....

—Habla sin cuidado alguno.

—Pues, bien; ahora es imposible ver á Pilar.

—¿Por qué razón?

—Las viruelas están supurando, y en este período de la enfermedad, el contagio es más seguro.

—Mayor motivo entonces para que yo la vea. Necesitaré que se la atienda, que se la cuide; vamos, vamos. No me separaré de su lado hasta que esté restablecida.

Diciendo esto se dirigió á la alcoba de la enferma; doña Carmen quedó maravillada ante tan increíble transformación. Durante muchos días no cesaron sus sorpresas; D. Pablo asistió á su hija, olvidándose de sí mismo, con una abnegación sublime; no descansó un instante. Por su mano dió á Pilar las medicinas; la puso y renovó los vendajes; durmió á su lado recostado en la misma almohada, tomando los alimentos de la enferma en el mismo plato y con el mismo cubierto. Pasada la convalecencia el carácter de D. Pablo fué el más alegre y decidido de la casa. ¡Qué locuras hacía! ¡qué cosas tan chistosísimas ideaba! ¡qué cantares! ¡qué baioteos! ¡qué risas!

—¡Se habrá vuelto loco! pensaba á todas horas doña Carmen.

Pero no; su salud aumentaba de día en día; engordaba; se endurecían sus músculos; la sangre circulaba con abundancia por sus venas y arterias, bien repleta de glóbulos rojos, como lo delataban el sonrosado color de su piel y el rojo subido de sus labios y encías. ¡Qué guapo, qué hermoso y qué fuerte estaba! Se había rejuvenecido, ó según la frase gráfica de doña Carmen; se habían llevado un hombre y traído otro.

Los ataques catalepticos no volvieron á presentarse, desaparecieron completamente y la monomanía higiénica se fué para nunca más volver.

Nadie se explicaba semejante cambio, y á no verlo, ¿quién lo hubiera creído?

VI.

Una tarde de otoño, se paseaba D. Pablo con su mujer y su hija por las afueras de la población. Ya comenzaba á anochecer cuando decidieron volver á casa. Al doblar un recodo del camino ofrecióse á la vista de nuestros tres personajes el más espantoso espectáculo que pudieran sospechar. Una casa, una miserable casucha de un guarda, compuesta de dos pisos, bajo y principal, ardía como una tea, más aún, como un montón de hojas secas.

Las llamas subían desde el piso bajo al principal y de este al tejado como un ramillete de fuego.

En el único balcon de la casa, una niña, de tres á cuatro años de edad, lloraba, agarrada á los barrotes de hierro, llamando á grandes gritos á su madre, la cual llegó al poco tiempo rugiendo como una fiera. A no haberlo impedido se hubiera arrojado en la hoguera y perecido en ella ciegamente.

—¡Mi hija! ¡mi hija! repetía angustiada la pobre mujer extendiendo sus brazos al aire.

D. Pablo, sin dudar un instante, con una tranquilidad de espíritu conmovedora y sonriendo cual si se dispusiera á trepar á un árbol á coger fruta, se adelantó hácia la casa rechazando á su mujer, á su hija y á otras personas, las cuales, aterradas, quisieron detenerle.

Con agilidad y presteza se asió á los hierros ardientes de una ventana baja, y adelantando unas veces el pié y otras las manos, subió, en medio de las llamas que prendieron en todo su vestido, hasta el balcon donde se hallaba la pequeña, volviendo con tan pesada carga á descender, de la misma suerte que había subido.

Al poner el pié en el suelo dió dos ó tres pasos y cayó en tierra desplomado. Todos corrieron á él y le arrancaron á pedazos la ropa todavía ardiendo, y perdido el conocimiento, lo envolvieron en una manta y lo trasladaron á su casa.

Se le declaró una inflamación espantosa en la cabeza; las manos y los brazos también se le hincharon; debía sufrir horriblemente y sin embargo no se quejaba. En lo que podía manifestarse su pensamiento, parecía estar contentísimo.

Trascurridos quince días la inflamación comenzó á bajar, y al mes ya había desaparecido casi totalmente. Entonces se observó que había perdido la vista.

—¡Ciego, Dios mio, ciego!

Su mujer y su hija estaban desconsoladas. Don Pablo, por el contrario, se hallaba alegre y resignado con su nueva desgracia.

Su familia y sus amigos, asombrados, no sabían cómo explicarse todo aquello.

Un día le interrogó hábilmente su mujer sobre el extraordinario cambio que había sufrido su carácter y el valor heroico que había manifestado meses ántes salvando á una criatura de las llamas.

—No tiene nada de particular, mujer, la dijo don Pablo, acariciando á doña Carmen bondadosamente; y prosiguió: Un año ántes de mi muerte, paseándome por la margen derecha del río, ví á un jóven de unos diez y seis años que se estaba bañando. En la orilla opuesta á la que él y yo nos encontrábamos florecían unas matas de malvas hermosísimas, cuya flor tomaba yo todos los días en infusión. Si quieres ganarte medio real, le dije al chico, tráeme todas las flores de malva que ves allí enfrente. El muchacho, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se dirigió hácia la otra orilla, pero ántes de haber llegado á la mitad del camino le arrolló la corriente, y desapareció á mi vista. Como entonces las impresiones fuertes me producían los ataques aquellos de catalepsia que padecí en la tierra, cerré los ojos. me volví de espaldas y eché á andar huyendo de semejante escena. Al día siguiente supe por los periódicos que el infeliz se había ahogado.

Ahora bien, si no tuviese la evidencia de que estoy muerto y bien muerto, y de que todo cuanto me ocurre es sueño y nada más que un sueño, es seguro que la niña del fuego hubiera perecido como el muchacho del río; no habría asistido á Pilar variolosa, ni sufrido con paciencia los dolores de las quemaduras, ni mucho menos me conformaría con la ceguera. Pero como estoy muerto y todo lo que pasa es mentira, dispuesto estoy á tirarme de cabeza por el balcon en la seguridad de que nada ha de sucederme. Y si quieres convencerte por tí misma, espera un momento y lo verás.

Y diciendo esto se dirigió á tientas al balcon por donde se hubiera arrojado á no impedírselo doña Carmen, la cual, llorando silenciosamente, le decía que no era menester la prueba, pues estaba convencida de que todo cuanto le había dicho era verdad; pensando para sus adentros que su desgraciado marido había perdido el juicio de todo en todo.

Consultados los médicos y sometido á varias experiencias D. Pablo, declararon todos aquellos señores que el ciego estaba loco de remate, en cuya opinión murieron unos y otros.

VICENTE COLORADO

LOS OJOS DE CERA

Muchas zonas recorrió la flechilla del disco barométrico sin hacer estación en ninguna; franqueó, tiritando, la región de las nieves perpetuas; cruzó, encendida de calor, por arenales calmosos; salvó de un brinco mares en borrasca; se volvió loca en el polo; y en fin, después de una ligera indecisión, se detuvo en tiempo revuelto. Al lado estaban las lluvias, con sus charcas pantanosas, sus miasmas pútridos, y sus negras calenturas; y, en una línea más allá, no sé si se rebullía el infernal conciliábulo de espectros con guadaña, avispados ojeadores de la muerte, cuya diversión consiste en cazar, ocultos en la sombra, la salud andariega.

* *

Declaróse una epidemia en el aire, extendiéndose por toda la villa. El sol fué inculcado igualmente en el criminal cataclismo. El vulgo atribuyó parte no escasa del hecho tremendo al inocente zumo de frutas melosas. Y entretanto, los químicos sacaban de sus laboratorios, estupendos paliativos para el mal. Orondas píldoras, primorosas pastillas, ungüentos balsámicos lucieron junto á la bomba verde de las farmacias. Pero, la enfermedad pasaba como ave que lleva el ala rota, salpicando á diestro y siniestro puñados de agujas en los ojos. ¡Cuántas caras de niños quedaron sin sonrisas! El limpio cristal por donde mira al mundo la inocencia, se veía, en casi todas estas tiernas criaturas, jaspeado de gotas de sangre. ¡Y no me habéis de medicamentos! El colirio de rosa, el láudano adormecedor, cumplían lo mejor posible con su milagrosa ocupación de destilar consuelos. Pero, eso fué todo.

* *

¿Para qué mecer la cuna del niño que está acostado sobre espinas? El columpio del sueño es para él una rueda erizada de garfios. Vidrios desmenuzados se incrustan en sus pupilas hinchadas, protegidas de los picotazos de la luz por sola una tira de lino. ¡Nunca la fe estuvo mejor simbolizada! Acercais á los labios, que fueron rosas, un brebaje sombrío diputándolo por agua trasparente, y la boca confiada se lo traga, pidiéndolos más. En el rincón de oscura alcoba demanda el deseo infantil un teatro, y la imaginación compasiva de la enfermera, llena de decoraciones y de aparatosas maquinarias aquel reducido trecho, apto sólo para contener un nido. Las paredes se truecan, bajo la brocha ardorosa de la fiebre, en telas pintadas; los muebles toman proporciones monumentales; los vestidos colgados se animan; y sus pliegues diseñan personas.... Hasta ahora el espectáculo es fácil, bello, encantador. Pero, de pronto, se despierta el gusano de la oftalmía, y con su aguijón encolerizado taladra el ojo enfermo. ¡Ah! no mováis la cuna del niño que apoya su cabeza sobre puntas de zarzas.

* *

Atad el freno á la curiosidad desbocada. Pisad sigilosamente las losas de mármol del palacio de la marquesa Celia. No importa que aplasteis los soberbios tulipanes, que, sobre jarrones japoneses, adornan las galerías. Seguid impasibles, sin protestar, la ola de taciturno bullicio que se agita por la gran casa. El mundo de satélites, escuderos y cortesanos que danza alrededor de todo magnate, pónense allí en movimiento esta noche. Los balcones blasonados dejan ver por entre sus maderas entornadas el relampagueo de luces corriendo de una sala á otra. Al doblar una esquina de aquellos muros adasados, se detienen dos transeúntes y se dirigen una pregunta:—¿Cómo está la niña?—Esta misma interrogación se oye repetir en todos los ángulos, bajo todos los techos artesonados del aristocrático edificio. Hasta en la cocina subterránea, iluminada por la roja llama de la chimenea, entre el vaho de las cacerolas, junto al macizo mobiliario de nogal avellanado, el indocto colegio de los marmitones salmodia soñoliento esta frase: ¿Cómo está la niña?

* *

Es esta un sér delicado, fino, compuesto de nervios de sensitiva, ojos abiertos y luminosos, cabecita rubia y tez aterciopelada. Una de esas mariposas que habéis visto revolotear, en tardes de paseo, al lado de un cuadro de verdura. Tienen alas de blondas y coronas de flores; y si un rayo de sol prima-



EL SALON, cuadro por Luis Leclair



LOS POSTRES, CUADRO POR AUGUSTO KAUBACH



SAVONAROLA PREDICANDO EN FLORENCIA CONTRA EL LUJO cuadro por L. Longenmantel

veral, llega á herir sus vestidos de gasa, urge á la fantasía aferrarse con argollas de buen sentido á la realidad, para no creer que son ángeles flotando entre nubes de fuego. Pues bien, esta niña, este adorable juguete de carne sonrosada, estaba á punto de perder los ojos. ¿Concebís un cielo sin estrellas? Entonces concebís el alma de un niño sin miradas.

* *

Este virginal lirio páciente, ahora mustio y quizás tan próximo á desprenderse del tallo, fué único fruto de una floración consagrada por el altar, pero maldecida y desbaratada por la falange endiablada de la discordia y de la falta de seso. La marquesa Celia tuvo por marido un hombre, que sin ser positivamente un monstruo de perversión, las obras infames que provenían de sus manos, tomando su origen pristino en su chato caletre, sobrepujaban en resultados desastrosos á las del más abyecto de los seres del orden zoológico. Fué padre por un olvido de la naturaleza. El divino engendro que abrigó en sus entrañas Celia debió pertenecer sin duda al amor de un hombre, no á la hozadura de un sapo. A los dos meses de matrimonio y cuando su jóven esposa habia empezado apenas á gozar de los austeros deliquios de la mujer que se siente madre por vez primera, el loco marido huyó en busca de aventuras entre bailarinas y tahures. Estos pólipos que chupan lo más precioso de la vida, la sangre y el oro, admitieron al prófugo calavera dentro de sus ranchos gitanescos, de sus rediles lobunos. ¿Qué sombra de remordimiento podía proyectar en su alma enturbiada su hogar sin jefe, su esposa abandonada? Esta no pudo acallar por mucho tiempo los gritos de su corazón lacerado. Era, al fin, mujer, y el hombre, fiel ó traidor, á quien ella habia entregado todas sus virtudes, todos sus encantos, todos sus pudores, todos esos secretos perfumes del capullo aún no florecido, el hombre aquel, dueño discrecional de ella, no podía serle indiferente. Así, lloró largamente el triste acontecimiento. Mas, luégo que nació su hija, que los cuidados maternales reclamaron parte muy principal de sus atenciones, la viuda en vida no se encontró tan sola. La niña vino al mundo enferma, como flor que brota en tierra escaldada. Fué preciso á sus pulmones endeblés el hálito robustecedor del campo. De este modo la niña de Celia pasó casi toda su infancia, separada de su madre; aunque viviendo en consorcio íntimo con otra madre más fecunda y eternamente viva: la naturaleza. La marquesa no contrarió los gustos de su hija, pero, ¿domó los suyos propios?

* *

Habia pasado ya la media noche, y el sueño no parecia por casa de Celia. Al salon biblioteca convergian las miradas todas de los asistentes, pues allí se debatía encarnizadamente la salvación de la niña. Allí estaba plantado el tribunal, de cuyo fallo se hallaba suspendida la general expectativa. Entre estantes de caoba, atestados de libros dorados, y estatuas de yeso, recordando facciones de inmortales, se reunía el cenáculo de doctores de la ciencia médica, jueces inapelables de la vida del cuerpo. Deliberaban con calor, con suprema agonía, con verdadera abnegación, como si el móvil de aquella junta de sabios no tuviera por estipendio la remuneración pecuniaria de una profesion lucrativa sino el modesto salario de una accion buena. Famosos eran todos ellos. Cada cual revolvia el fondo del saco de su erudicion y vertía torrentes de adivinaciones sibilíficas. Tantas bocas, tantos oráculos. Sí; aquellos hombres, rígidos, severos, consumidos por el estudio, aunque fortalecidos con el manejo constante del peligro, decían palabras que tenían mucho de inspiración profética. No faltaba tampoco á esta aureola la periferia crepuscular del misterio. No se oían otras frases que «atrofia de pupilas», «dislocación del cristalino», «hernia del iris», «congestión de la coroides», «hemorragias retinianas», «filaria en el cuerpo vítreo.» Eran vocablos de un lenguaje técnico, notas del pentágono de la sabiduría, que componían una canción bien triste. ¿Qué habia de efectivo en esto? Nada: la duda, lo oscuro, el embrollo de las ideas, la ruina de todo cálculo. El oftalmoscopio dijo algo, pero sin prestar mucha fe á sus aseveraciones. Había neuralgia facial afectando sobre el órgano de la vision. Una complicación de fiebre pernicioso hacia más espinoso el asunto. Era un caso raro. ¿El paludismo, la amaurós congénita ejercían allí algun influjo? Nada de cierto, sino que la niña sufría horriblemente, y que, aquella noche, habia asomado en el azul de sus pupilas una nubecilla blancuzca de pésimos agüeros.

* *

No, no; la marquesa no queria consolacion ninguna. Si la larga ausencia de su hija y las atracciones de la esfera de lujo en que se movía su pié pudieron desviar la inclinacion de sus afecciones de mujer, el amor materno en ella no habia experimentado alteracion alguna. Celia era una mujer de temperamento apasionado, y todos sus sentimientos se elevaban en ella, muchas veces con la sola evocacion de un recuerdo, á un grado extremo de tension y de sonoridad. En tales casos tenia súbitas resoluciones, cuyos efectos, buenos ó malos, iban siempre acompañados del prestigio de sus dotes sobrenaturales. Era en realidad, prodigiosamente bella, de distincion suma, y de un espíritu que brillaba en su rostro con fulguraciones fascinadoras. ¡Ah! codicia del mal, ¿por qué pusiste tu mano maldita sobre el corazón de Celia? Aquella noche, sin embargo, noche reveladora de verdades ocultas, iba á ser tambien, para la marquesa, noche de grandes decisiones. La ola del amor maternal fué hinchándose de momento en momento en los mares infinitos de su alma. No; ella no podia consolarse. Su hija iba á quedar ciega. Era madre ante todo, ¿qué le importaba lo demás? Aquel afecto puro, santo, celeste, ¿no podia ser al mismo tiempo el incienso que fumigara el aire algun tanto viciado de su vida? No le habéis de otra cosa que de su hija enferma. Ved la madre, despertada de su letargo, recorriendo habitaciones, llena de solicitud, y ofreciéndose á todos los servicios, ansiosa de ser útil, pero descubriendo en todos sus tragafagos ademanes la dificultad embarazosa de una mujer no hecha á las prácticas del oficio doméstico.

* *

¡Apártate de aquí, impertinente favorito de una hora de extravío mujeril! Huye del lugar donde se cobija el dolor. ¡Oh, tú! el más almidonado, el más antipático de los lechuguinos; tú, puritano de las ridiculeces de la moda, y á quien mercedes concedidas sin merecimiento hicieron el más odioso, el más exigente, el más soez de los amantes. No turbes, polilla ruin de virtudes femeninas, la gravedad del momento con la aparicion de tu faz cómico-melodramática. Limpia, si tienes valor, el estigma del desprecio que escupió sobre tu frac verde la mujer engañada. Oculta entre el cieno, como reptil ponzoñoso, la camisa miserable de pasados adulterios, ¡oh, tú, el más criminal de los criminales galanteadores de estufa, de los parásitos de amor!

* *

La culpa tomó por bestia suya á la virtud. La virtud se encabritó contra el ronzal de la culpa y gritó: «¡á tierra!» La culpa cayó al polvo, donde fué pisoteada por los inmundos animales de la abyección, de la miseria y del aburrimiento.

* *

Avanzaba la noche fatal, en que hubo de manifestarse la crisis de la enfermedad de la niña, con síntomas alarmantes, y la madrugada no trajo entre sus alientos de frescura ningun alivio que calmase los dolores de grandes y de pequeños. Celia habia llorado mucho. Sus oídos parecían tapiados á todo consejo de resignadora conformidad. Reprobábase de haber sido hasta entonces tan indiferente para con su hija, y la alucinación roedora de su conciencia llegaba hasta el extremo de acusarla como motora añeja de los males presentes. Escrupulos del delirio ó confesiones de movimientos íntimos encarcelados de larga fecha en su alma, todos los pensamientos que acudían en tropel á su mente la delataban como causa, cómplice é iman de la pena que habia caído, como un rayo, sobre la frente inmaculada de su niña. La marquesa no podia parar mucho rato en un mismo sitio. Ansias estranguladoras subían á su garganta y atormentaban cruelmente su espíritu con ideas ofuscadoras y mortales. La ciencia se removía impotente, desconcertada, como brújula sin norte. ¿Qué remedio? La madre habia sacrificado su pasión liviana ante los ayes de angustia de su hija. Pero, no bastaba esta acción, que, más que holocausto propiciatorio, era la justa penitencia, no cumplida, de un delito inulto. Todo aparentaba conjurarse contra los propósitos reconciliadores. Tratamientos terapéuticos, vigilancia inusitada, cuidados prodigados á todo pretexto resultaban como no empleados. Y la madrugada tocaba á su término, y el alba blanqueaba el cielo, sin que en los ojos de la niña se reflejase un rayo de mejoría.

* *

—¡Piedad, piedad, Dios mio! he sido una gran pecadora. Mis faltas fueron graves y multiplicadas; que no recaiga el castigo que yo merecí sobre quien

es inocente. Sé que dí al olvido mis deberes, sé que la misericordia no debe estar de parte mia. Pues bien, Señor, aplacado ese enojo que mata, que ciega á la hija de mis entrañas para toda su vida. ¿Qué quieres de mí? ¡Mis errores? los expiaré; ¡mis vanidades? quedarán reducidas á pavesa. Una reparación inmensa, inmediata, sírvate de desagravio. Pide. No sé qué darte... lo que más estime, lo que más halague mi orgullo... ¡Mis joyas!... tómalas todas, que se las lleven y que resplandezcan en tus altares.

* *

No aguardó Celia que, á otro día, fueran abiertos los talleres de orfebrería y artes suntuarias, y que pusiesen á la vista el rico contenido de sus escaparates deslumbradores, sino que, llamando en una tienda, penetró en ella como el naufrago que se procura con su propia mano socorro. Dentro de los armarios de palo santo, se veían ejércitos de argenteros y auríficos artefactos, que reñían escaramuzas, en la oscuridad, lanzándose llamaradas de aderezos y chispazos de pedrería. ¡Qué bien se cubría de gloria el buril entre aquellos escuadrones de primos manufactureros, mostrando sus lindos arañazos sobre piezas, que representaban un caudal de coste! La dama pidió lo que deseaba, y á su postulación, mil estuches y cajas acolchadas de seda saltaron sobre sus resortes, dejando ver afligranadas arquitecturas de oro y plata en su seno. Celia encontró lo que buscaba. Eran unos ojos de oro irisados de diamantes. El valor de esta prenda votiva superaba en cientos de onzas al de sus numerosas joyas. ¿Cómo estaba allí tan oportunamente obra tan excelsa y tan rara? Celia no se ocupó de investigarlo. Dejó en el mostrador todos sus aderezos, pendientes, camafeos, anillos, collares y sortijas junto con rollitos de papeles de una gran estima en el comercio. Pero ¿qué valía esto, si aquellos ojos de oro llenos de luces representaban los ojos de su hija llenos de tinieblas?

* *

—Parte facultativo.—Sigue el reflujo de la inflamación con redoblamiento de los trastornos visuales. Aplíquese la pomada mercurial sobre la region ciliar, sin obtener resultado satisfactorio. No han cesado de cabrillar, ante la retina de la enferma, los círculos brillantes, las estrellas rojas, las nieblas abigarradas, los globos fosforescentes. Temor de que estos síntomas sean precursores de ulceraciones. Tratamientos preparatorios para la operación terrible. ¿Se le aplicará directamente el cloroformo á las venas ó se administrará este anestésico por la vía respiratoria? No hay que pronosticar venturas, cuando el diagnóstico está orlado con cenefa de tristeza.

* *

Habian trascurrido dos días. El voto riquísimo de Celia parecia no alcanzar más gracia de la Providencia que la que posee un amuleto para con un fetiche. La niña empeoraba visiblemente. La desesperación alborotó con rudeza el alma de la marquesa, la cual, delante de tan infructíferos esfuerzos, llegó á abrigar pensamientos de irreligion. Su belleza habia desaparecido casi por completo. En pocas noches, su cuerpo, no habituado á la vigilia, demacró en términos que holgaron sobre sus contornos, espléndidos ántes, todas las estrecheces y ceñimientos de las ropas. La marquesa no se conocía. Tenía desmadejado el cabello, los ojos desmesuradamente agrandados y hundidos, con círculos violáceos en sus bordes, la boca resquebrajada, el rostro todo descompuesto y marchito. ¡Su niña ciega! Hé aquí el gusanillo que se habia entrado en su cerebro y trastornaba profundamente sus hilos vitales. Ya no le cupo duda de que el tormento de la hija era respuesta á la liviandad de la madre. Habíanse agotado todos los recursos de la ciencia, puesto en práctica medios sobrenaturales y divinos. Todo inútil. La víctima, al ser echada sobre las brasas del hecho, se resolvía en humo y se dispersaba por el aire. Amoríos, galas, gustos que endulzan el paladar de los antojos, fueron arrojados, como cosa que sobra para el viaje, en el camino nuevo labrado por las circunstancias fatalistas. Sí, todo habia sido estéril y vano. Pero, Celia era mujer de condicion exaltada y tocaría á las fauces mismas del abismo ántes que cejar un paso dado en el curso de las intemperancias. Primero fué madre poco creyente, despues fué madre supersticiosa. ¿Qué sería finalmente? Sí, llegó, llegó á la sima, al precipicio donde la arrastraban sus exageraciones. ¡Pobre mujer! Era una naturaleza incompleta por lo mismo que atesoraba tantas perfecciones.

* *

—¡Celia! querida mía, no llores: tus ojos pueden enfermar también. ¡Y son tan hermosos!

—Estos ojos serán arrancados de mis órbitas porque gustaron á la vanidad de un necio y envilecieron los deseos de una desdichada.

Si; la marquesa ofreció saltarse los ojos si su niña curaba, y la niña... curaba. Desapareció todo fenómeno grave. Organos, membranas y tejidos fueron observados por el oftalmoscopio, y ahora dijo éste que se hallaban bien. La niña curaba de aquello que fué amago de catarata; su ascenso á la salud fué rapidísimo; pero todavía no veía. La marquesa comprendió entónces lo enorme de su ofrecimiento. Le pareció horrorosa la accion á cuya realizacion se habia comprometido con vínculos sagrados. Dudó, luchó con su conciencia, sintió á su lado el demonio incitador de su hermosura. Miróse al espejo, y faltóle poco para caer al suelo desvanecida, con sólo figurarse desprovista de sus hermosos ojos. No; ella no podia realizar un tan cruel sacrificio. Pero durante este intervalo de vacilaciones angustiosas, la niña sufrió otra recaída, cuya súbita brusquedad tenia algo del golpe inferido por mano oculta. Ya no hubo remedio. La marquesa se decidió á dejarse ciega por su hija.

Encerrada está la marquesa en su gabinete. ¿Qué hace? Poner en obra una tremenda palabra. En tanto, el médico de cabecera, prueba á quitar la venda á la niña. Esta se incorpora en su lecho, da un grito; salta al suelo y echa á correr por las habitaciones del palacio, diciendo:

—¡Mamá! ya veo; ya veo, mamá mía.

¡Quién sabe si será ya tarde! ¡quién sabe si la mano culpable traspasó el límite de la pena y cortó con el dogal el cuello! Todo estaba en silencio en el aposento de Celia. Cuando hubieron llegado á la puerta la niña y el doctor, vieron á través de los vidrios, un espectáculo aterrador: la marquesa apuntándose á los ojos con las cuchillas afiladas de unas tijeras.

La niña y el doctor entraron.

—¡Madre, madre mía! gritó aquella; ¿qué vas á hacer? Si yo ya veo. ¿Me quieres mucho?

—Celia, dijo el doctor sujetando el brazo de la dama, no tentemos la Providencia. Mucho ha hecho V. ¡Basta ya! No exageremos. La culpa debe ser también piadosa consigo misma. Nunca para los sacrificios midamos á Dios con el rasero con que medimos al hombre. Este podrá ser ambicioso y vano: amará lo que reluce ó lo que hace ruido. Mas para con Dios, dar oro es agravio, destruir una obra suya, sacrilegio. ¡Ofrendas humildes al que lo posee todo! Celia, para el que todo lo ve bastan sólo... unos ojos de cera:

JOSÉ DE SILES

CRONICA CIENTIFICA

LA NAVEGACION AÉREA

Otra solución más

I

Las revistas francesas se han ocupado recientemente de una nueva solución, ideada por Mr. Duponché, para este inaccesible é interesante problema: *la dirección de los globos.*

Dar á nuestros lectores una ligera noticia del sistema propuesto por el inventor, es el objeto del presente artículo.

Las infinitas soluciones que han ido apareciendo y desapareciendo, desde el día memorable en que Mongolfier vió elevarse por el cañon de su chimenea la carta providencial, origen del descubrimiento que nos ocupa, pueden dividirse en dos grandes grupos: *aparatos más pesados que el aire*, imitaciones más ó ménos ingeniosas del vuelo de las aves; y *globos propiamente dichos*, ó aparatos más ligeros que el aire ambiente.

De los primeros la experiencia ha ido dando cuenta; y todas las tentativas realizadas han tenido desenlace ridículo ó dramático segun los casos, pero siempre han terminado por sainete ó por tragedia.

De los segundos nada ha resultado decisivo, y el problema está aún allá entre las nubes, sin que nadie logre alcanzarlo: sólo se ha llegado á esta conclusion, que desde el primer momento hubiera podido sospecharse: que no se dará dirección á los globos hasta que se descubra un motor de gran potencia y de poco peso.

De todas las experiencias realizadas, las del célebre Giffard son á no dudarlo las más interesantes: el eminente ingeniero fué el que por vez primera se lanzó á los aires con una máquina de vapor, y con penachos de humo dejó escrito en el espacio para un porvenir más ó ménos



¡QUIÉN VA!.. dibujo por A. Fabrès

remoto prueba patente de su audacia y de su talento.

Pero la máquina era débil, la corriente atmosférica poderosa, y apenas si logró ejecutar en los aires alguna que otra evolución.

Sin embargo el camino seguido por Giffard es el buen camino, y por él llega á demostrarse la *posibilidad teórica* de resolver el problema, como veremos en breve.

Tenemos en el espacio una *resistencia*, que puede ser enorme: *el aire, el viento*.

Necesitamos una *potencia* superior al esfuerzo resistente, y esta potencia, que será *una máquina*, porque la fuerza muscular de uno ó de varios hombres no basta, ha de ser *pesada*, y tanto más pesada cuanto más potente ha de ser.

De donde resulta á primera vista esta especie de círculo vicioso, en que dan vueltas los inventores perdiendo al fin el sentido y la cabeza: *grandes máquinas* para tener gran fuerza allá en los aires; *grandes globos* para que tengan gran fuerza ascensional y puedan llevarse por entre las nubes el motor; y por lo tanto, *grandes superficies* resistentes. Pero *creciendo* estas, *crece* la acción del viento, y es forzoso *aumentar* la energía de la máquina y su peso; y á mayor peso, mayor globo, y mayor superficie, y mayor resistencia; y otra vez vuelta á aumentar la potencia del motor, y su peso, y las dimensiones del globo; y otra vez vuelta á crecer la superficie, y á crecer la resistencia; y de nuevo mayores máquinas, mayores globos, mayores superficies, mayores resistencias, y así á recorrer sin término lo que hemos llamado impropriamente círculo, porque es vertiginosa espiral en que la máquina, el globo y la resistencia se persiguen siempre creciendo y sin alcanzarse jamás, mientras el mísero inventor en el centro del torbellino siente la atracción del abismo y la desesperación de la impotencia.

¿No es verdad que esto es lo que á primera vista parece?

¿No es verdad que casi se ve una máquina que persigue á un globo y á una resistencia, creciendo todos á una, y sin llegar el motor á dominar y á vencer el esfuerzo resistente?

Pues si esto se ve, se ve mal, porque la Geometría, la pura Geometría demuestra lo contrario.

¿El diámetro de un globo se hace 2, 3, 4, 5 veces mayor?

Pues la superficie de su envolvente será 4, 9, 16, 25 veces más extensa: es decir, que crecerá como *los cuadrados* de las dimensiones lineales.

Pero es el caso, que los volúmenes crecen aún más aprisa, porque aumentan con los siguientes números: 8, 27, 64, 125, que son *los cubos* de los diámetros.

Y esto es todo, y en estas tres series está la demostración de nuestro aserto.

1, 2, 3, 4, 5, 6.... para las dimensiones lineales del globo, su *diámetro* por ejemplo;

1, 2², 3², 4², 5², 6².... ó sean 1, 4, 9, 16, 25, 36... para las *superficies*;

1, 2³, 3³, 4³, 5³, 6³.... ó sus iguales 1, 8, 27, 64, 125, 216.... para los *volúmenes*.

Ahora bien, las *resistencias* varían proporcionalmente á las superficies ó sea á los números de la *segunda línea*; pero la *fuerza ascensional* y por lo tanto el peso de la máquina y su *potencia* aumentan en la proporción que indican los números de la *tercera línea*; de donde resulta, que EN TEORÍA es posible construir un globo capaz de elevar por los aires una máquina de tal fuerza, que venza la

acción de las corrientes atmosféricas por violentas que puedan ser.

La *potencia persigue á la resistencia*, como decíamos antes, pero con mayor velocidad que esta última: cuando la resistencia se *cuadruplica*, la potencia se hace *ocho veces* mayor; si la resistencia es *nueve veces* lo que antes era, la potencia es *veinte y siete* veces más crecida; llega la resistencia á *diez y seis*, pero al mismo tiempo llega la potencia á *sesenta y cuatro* y así sucesivamente.

Es una especie de *sport del espacio*, en que al principio toman la delantera los flamígeros caballos de la tempestad, y quedan atrás los *caballos de vapor*, pero en que al fin la velocidad de estos crece de tal modo, que alcanzan y vencen á los primeros.

Supongamos que en el ensayo de Giffard la resistencia del aire ó sea la fuerza del viento era 8 veces mayor que la fuerza de la locomotora: construyendo un globo semejante á aquel, cuya longitud sea 10 veces mayor, la nueva resistencia será $8 \times 10^2 = 8 \times 100 = 800$; pero el volumen, la fuerza ascensional, el peso de la nueva máquina y su potencia será $1 \times 10^3 = 1 \times 10 \times 10 \times 10 = 1000$, donde resulta una energía motriz superior á la acción resistente 800.

Hé aquí, pues, la demostración de la *posibilidad teórica*; pero en la misma demostración apuntan ya las inmensas dificultades prácticas del problema.

Fácilmente se dice: «construyase un globo *diez veces* mayor que otro en dimensiones lineales;» pero no es tan fácil, ni *técnica* ni *económicamente*, construir un globo de 300 metros de longitud.

de fuerza ascensional. El globo sube y la subida del globo es una fuerza motriz.

¿Se enfria? Pues se contrae, la atmósfera penetra en las vejigas, las hincha y reduce el espacio que ocupa el gas, el sistema pierde fuerza ascensional y cae.

La caída del globo, como su anterior ascension, es una nueva fuerza motriz.

3.º La fuerza motriz que resulta de la subida del globo y de su descenso es la que se utiliza para darle dirección, ya ejecutando verdaderas bordadas por medio de velas ó planos inclinados, ya utilizándola en algún sencillo mecanismo.

Sólo nos falta por explicar un solo punto, á saber, cómo se calienta y cómo se enfria el gas que lleva el globo en su interior.

Efectúase esta operación por el vapor de agua: un hogar, una caldera, un sistema de tubos por el interior del globo, tubos por los cuales circula el vapor en ciclo perenne: y no más: tal es el nuevo sistema propuesto á la Academia de Ciencias de Paris.

En el próximo artículo, que será el último, terminaremos esta sumaria descripción; y aun aventuraremos algunas reflexiones sobre el novísimo invento.

Digamos de antemano, que en esta materia toda confianza es imprudencia, y toda excesiva severidad, cuando se trata de sistemas teóricamente racionales y posibles, es torpeza é injusticia.

¿Quién sabe en qué pedazo de roca estará el grano de metal?

JOSÉ ECHEGARAY

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



PASTOR EN ACECHO

Y cuenta que sólo hemos supuesto que la fuerza del viento era 8 veces mayor que la del motor de fuego; pero ¿y si fuese 20 ó 30 veces más elevada aquella que esta?

Dificultades mecánicas, dificultades de ejecución material, dificultades de estabilidad, dificultades de coste, un mundo de obstáculos se opone á la completa solución del problema.

En este fantástico *sport* que imaginábamos, los caballos de la tempestad marchan libremente por los aires, los caballos de vapor encuentran á cada paso abismos por zanjas y muros inquebrantables por barreras.

En tal estado se halla la cuestión, cuando aparece el invento objeto de este artículo: en él hay una *idea* digna de ser tenida en cuenta, aunque no es la que hacen resaltar y colocan por decirlo así en primer término los varios artículos que tenemos á la vista.

Explicaremos, pues, á nuestro modo la invención de Mr. Duponchel.

La idea fundamental es sencilla: no es la *máquina pájaro*; ni el *globo ordinario* de aire caliente, de gas del alumbrado ó de hidrógeno, de fuerza ascensional fija; es el *globo pescado*.

Un globo de *fuerza ascensional variable*; unas veces sube, otras desciende, y de nuevo vuelve á subir, y así va dando bordadas en un plano ó en diversos planos verticales ni más ni menos que un buque sobre la superficie horizontal de los mares.

1.º El globo de que se trata es de paredes variables y flexibles, y su volumen puede ser mayor ó menor: basta para ello colocar en su interior grandes vejigas que sean como las vejigas natatorias de los pescados y que estén en comunicación con la atmósfera.

2.º El gas del interior del globo puede calentarse ó enfriarse á voluntad.

¿Se calienta? Pues se dilata, comprime las vejigas, llena mayor espacio, y en suma hay *mayor espacio ocupado por el gas*, de donde resulta un exceso